

RINCON LITERARIO

Infancia de un Comunista Chino

RINCON LITERARIO

Autobiografía de MAO TSE-TUNG tal como fue referida a Edgar Snow

Nací en la aldea de Sahao Shan, Condado de Hsiang Tan, Provincia de Hunan en 1893. Mi padre era un campesino pobre y siendo aun joven, se vió obligado a ingresar en el ejército debido a fuertes deudas. Fue soldado por muchos años. Habiendo regresado más tarde a la población en que nació, a horó cuidadosamente una pequeña suma de dinero conseguida mediante pequeños negocios y otras empresas y consiguió volver a comprar su tierra.

Como campesinos medios, mi familia poseía quince *mu* de tierra (un *mu* equivale más o menos a un doceavo de hectárea). En ellas podían cosechar sesenta *piculs* de arroz por año. Los cinco miembros de la familia consumían un total de cinco *piculs*—esto es al rededor de siete lbs. cada uno—dejando un sobrante anual de veinticinco *piculs*. Haciendo uso de este sobrante, mi padre, acumuló un pequeño capital y posteriormente compró siete *mu* más de tierra, lo que dió a la familia la situación de campesinos "ricos". Entonces podíamos cosechar 84 *piculs* de arroz por año en nuestros campos.

Cuando tenía diez años de edad y la familia poseía solo 15 *mu* de tierra, los cinco miembros de la familia eran mi padre, mi madre, mi abuelo, mi hermano menor y yo. Después que hubimos adquirido los siete *mu* adicionales, mi abuelo murió, pero en cambio nació otro hermano. Sin embargo, teníamos un sobrante de 49 *piculs* por año y con esto mi padre prosperaba firmemente.

En tiempos en que mi padre era un campesino medio comenzó a negociar en el transporte y venta de granos, con lo que hizo un pequeño capital. Después que se hubo convertido en un campesino "rico" dedicó la mayor parte en su tiempo a esta actividad. Empleaba un trabajador agrícola de jornada completa y puso a sus hijos a trabajar en el campo, así como a su mujer. Comencé a trabajar en las labores agrícolas cuando tenía seis años de edad. Mi padre no tenía tienda para sus negocios. Compraba el grano a los campesinos pobres y lo transportaba donde los comerciantes de la ciudad, con lo cual obtenía un precio alto. En el invierno, cuando se pilaba el grano, contrataba un trabajador extra, entonces eran siete las bocas a mantener. Mi familia comía frugalmente, pero tuvo siempre lo necesario.

Comencé a estudiar en una escuela primaria local, cuando tenía ocho años, y permanecí en ella hasta los trece. Muy temprano en la mañana y durante la noche trabajaba en la finca. Durante el día leía los Extractos de Confucio y los Cuatro Clásicos. Mi maestro chino era partidario del sistema escolar rígido. Era áspero y severo, frecuentemente golpeaba a sus discípulos. Por ello huf de la escuela cuando tenía diez años. Temiendo regresar a casa después de ello, por miedo de recibir una azotaina, partí en dirección a la ciudad, que pensaba encontrar en un valle, en alguna parte. Vagué durante tres días, al cabo de los cuales fui encontrado por mi familia. Entonces supe que

Creemos conveniente publicar este trabajo ya que La Prensa Libre insertó en uno de sus últimos números un artículo en q' se calumnió a Mao-Tse Tung, jefe del comunismo chino y miembro del Comité Ejec. de la F. C.

había estado caminando en círculo, dando vueltas durante todo mi viaje y toda mi caminata apenas me había alejado unos ocho «li» de mi casa (un li equivale aproximadamente a dos quintos de una milla.)

Después de mi regreso a la casa, con gran sorpresa de mi parte, las condiciones mejoraron un poco. Mi padre era un poco más considerado y el maestro se hallaba más inclinado a la moderación. El resultado de mi acto de protesta me impresionó enormemente. Fui mi primera «huelga» victoriosa.

Mi padre quería que llevase los libros de la familia tan pronto como aprendi unos pocos caracteres. Quería que aprendiese también el uso del ábaco. Ante la insistencia de mi padre comencé a trabajar haciendo cuentas durante la noche. Mi padre era un severo capataz. Le repugnaba verme ocioso y cuando no había libros que llevar me ponía a trabajar en las tareas del campo. Era un hombre de temperamento violento y frecuentemente nos golpeaba a mi y a mis hermanos. No nos daba ningún dinero y nuestra comida era muy pobre. En las quincenas de cada mes hacía una concesión a sus trabajadores y les daba huevos con su arroz, pero nunca carne. A mi, nunca me dió carne ni huevos.

Mi madre era una bondadosa mujer, generosa y simpática, y siempre pronta a compartir todo lo que tenía. Tenía piedad por los pobres y a menudo les daba arroz cuando venían a pedirlo durante las carestías. Pero no podía hacer esto cuando mi padre se hallaba presente. El desaprobaría toda caridad, por lo cual había numerosas disputas en mi casa.

Existían dos partidos en la familia: el uno, era mi padre, el Poder Supremo; la Oposición estaba constituida por mí,

madre, mi hermano y a veces el trabajador. Sin embargo, había una diferencia de opinión en el «frente unido» de la oposición. Mi madre reclamaba una política de «ataque indirecto, criticando todo abierto despliegue de emoción e intentos de abierta rebelión contra el Poder Supremo. Decía que ese no era el camino Chino.

Pero cuando tuve trece años descubrí un poderoso argumento en mi favor para discutir con mi padre en su propio terreno, citando los Clásicos. La principal acusación de mi padre en contra mía era la falta de cariño filial y la pereza. Yo citaba, en cambio pasajes de los Clásicos en que se dice que los mayores deben ser bondadosos y cariñosos. Contra la acusación de pereza, usaba la respuesta, de que las personas mayores debían

realizar mayor trabajo que los más jóvenes, y que siendo mi padre más de tres veces mayor que yo, debería efectuar un trabajo mayor también. Y declaraba que cuando yo llegase a tener su edad sería mucho más empeñoso.

El anciano continuaba «amasando riqueza» o lo que se consideraba como una gran fortuna en aquella pequeña aldea. No compré más tierra para él pero adquirí un gran número de hipotecas sobre tierras de otros. Su capital llegó a ser de dos o tres mil dólares.

Mi descontento crecía. La lucha dialéctica en mi familia se desarrollaba constantemente. (Mao usa estos términos humorísticamente en sus explicaciones, riendo mientras cuenta estos incidentes. E. S.) Recuerdo especialmente un detalle. Cuando yo tenía más o menos 13 años, mi padre invitó a su casa un gran número de huéspedes, y cuando estaban presentes estalló una disputa entre nosotros dos. Mi padre me denunció delante de todos como perezoso e inútil. Esto me enfureció. Renegué de él y abandoné la casa. Mi madre corrió tras de mí y procuró persuadirme para que regresase a la casa. Mi padre también corrió tras de mí, blasfemando, al mismo tiempo que me ordenaba regresar. Llegué así hasta el borde de una laguna y le amenacé con echarme en ella si se acercaba un paso más. En tal situación se presentaron reclamos y contra reclamos para terminar la guerra civil. Mi padre insistió en que pidiese perdón y «k'ou-t'ou» como un signo de sumisión. Acepté dar un «k'ou-t'ou» con una sola rodilla, siempre que me prometiese no pegarme.

Así terminó la guerra, y desde entonces aprendí que cuando defendía mis derechos mediante la rebelión abierta, mi padre retrocedía, pero cuando permanecía mudo y sumiso, él blasfemaba y me pegaba.

Reflexionando sobre esto, pienso que la dureza de mi padre acabó por derrotarlo. Aprendí a odiarlo y creamos un verdadero frente único contra él. Al mismo tiempo, esto probablemente me benefició. Me hizo ser más diligente en mi trabajo, llevar los libros más cuidadosamente, a fin de que no tuviese base para criticarme.

Mi padre había tenido dos años de escuela y podía leer lo suficiente para llevar los libros. Mi madre era completamente analfabeta. Ambos eran de familia campesina. Yo era el «detrado» de la familia. Conocía los clásicos, pero no me gustaban. Lo que me agradaba eran los romances de la vieja China y especialmente historias de rebeliones. Leí el «Yo Fei Chuan» (Ching Chung Chuan), «Shui Hu Chuan», (traducido al inglés por Pearl

S. Buck con el título de: «Todos los hombres son hermanos.») Es «Fang Tung» «San Kuo» y Hsi Yo Chi» cuando todavía era muy joven, y a pesar de la vigilancia de mi viejo maestro, que odiaba estos libros puestos fuera de la ley, a los cuales llamaba embrujados. Acostumbraba leerlos en la escuela, cubriéndolos con un Clásico, cuando la revisión del maestro había pasado. Lo mismo hacían la mayor parte de mis compañeros de escuela. Sabíamos muchas de las historias casi de memoria y las discutíamos y volvíamos a discutir. Sabíamos más de ellas que el anciano de la aldea, a quien también le gustaban y que acostumbraba intercambiar historias con nosotros. Creo que estaba muy influenciado por tales libros leídos en esa edad tan impresionable.

Al fin abandoné la escuela primaria a los trece años y comencé a trabajar largas horas en la finca, ayudando a los asalariados, haciendo la tarea completa de un hombre durante el día y llevando los libros de mi padre por la noche. Sin embargo, conseguí continuar en mis lecturas, devorando todo lo que caía en mis manos, excepto los Clásicos. Esto molestaba a mi padre, que quería que yo dominase los Clásicos, sobre todo después de haber sido derrotado en un juicio debido a una «certada cita clásica empleada por su adversario en la corte de viejo estilo chino. Acostumbraba cubrir la ventana de mi cuarto tarde en la noche, a fin de que mi padre no viese luz en él. En esta forma, leí un libro titulado «Sheng Shih Wei-yen» o «Palabras de Admonición», que me gustó muchísimo. Los autores, algunos viejos letrados reformistas, pensaban que la debilidad de China no se debía a la falta de instrumentos occidentales; ferrocarriles, teléfonos, telégrafos, barcos de vapor, etc., y querían que fuesen introducidos en el país. Mi padre consideraba tales libros como una pérdida de tiempo. Quería que yo leyese alguna cosa práctica, tal como los Clásicos, que le permitirían ganar sus pleitos.

Continué leyendo los viejos romances y fábulas de la literatura china. Un día se me ocurrió que había una cosa peculiar en estas historias, que era la ausencia de campesinos que arasen la tierra. Todos sus personajes eran guerreros, oficiales, o letrados; nunca había un héroe campesino. Me maravillé de ello y entonces analicé el contenido de los cuentos. Encontré que todos glorificaban hombres de armas, gobernantes del pueblo, que no habían tenido que trabajar la tierra, porque la poseían y la controlaban y que hacían, evidentemente, trabajar a los campesinos para ellos.

Pasa a la cuarta página

DEL NUEVO ROMANCIERO ESPAÑOL

VIENTO DEL PUEBLO

Por Miguel Hernández

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos;
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes,
q' soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quien al rayo retuvo
prisionero de una janla?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremefios de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagado,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.

Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra;
las águilas, los leones
y los toros, de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.

La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.

Muerto y mil veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.

Cantando espero la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.